

Jorge Barrios de la Cueva

LA CORONA DE ILUSIONES

A un recién nacido.

Columpiado por manos amorosas,
de la vida al vaivén, meces tu nido,
y en él duermes, feliz reciennacido,
los mismos sueños que tendrán las rosas.

Entre un desfile de hadas vaporosas
una se acerca hasta tu ser dormido,
y tiende un velo sobre tí, tejido
con vivas y esplendentes mariposas.

Es la tela de puras ilusiones,
con la que vela Dios los corazones
desde el misterio de la tierna cuna.

¡ Niño ideal, corónate con ellas,
y llévalas cual círculo de estrellas
sin que se caiga de tus sienes una !

LA ESPIGA

Es ya llegada la fiesta fecunda del cálido trigo,
en que las eras, colmadas de espigas, desbordan sus haces,
como desbordan del círculo de oro de ardiente custodia
uvas y mieses que dan esplendores al día del Corpus.

Es ya llegada la fiesta benigna del pan venidero,
en que la avena de granos maduros promete la harina,
con la que ríen los pobres alegres, que, en viendo pan rubio,
miran su prole como un patriarca sentado en su trono.

Son ya los días de intensa canícula con sol y amapolas,
en que la espiga, cual flauta de granos, ondula en el viento,
ya madurada de plena armonía, de notas acordes,
que al hombre canta el vasto poema del rojo verano.

Por las llanuras de inmensos trigales que piérdense libres,
se desarrollan las largas cuadrillas que tiende la siega,
y van blandiendo las vívidas hoces cual curvas de rayos,
tirando al suelo las mieses de luces que huelen á incendio.

Atan los hombres las áureas gavillas con rauda destreza,
como si atasen los haces dorados de panes en rama,
de panes vírgenes, aun hechos espigas, aun hechos simientes,
que no conocen la sal ni las ascuas, la pala ni el horno.
Llegan al campo las rudas carretas por bueyes traídas,
en cuyas pieles de lustre apacible la luz hace juegos,

y en los varaes los toscos boyeros combinan la carga
 rubia y grandiosa, que al cielo se eleva como un promontorio.
 Y hacia las eras que extienden su círculo de inmensa custodia
 van los labriegos guiando las moles del monte de espigas
 en donde cantan al dios del Estío las ígneas cigarras
 con una nota que es chorro incesante de fuego y de música.
 Duros desgranán los trillos cortantes, por bestias tirados,
 el esplendor de los haces crujientes que colman la era,
 y el trillador, á su espalda galante, pasea una virgen
 que le rodea la comba del pecho con un medio abrazo.
 El la requiere de amores en medio del rubio oleaje,
 ella le niega la gracia pedida, y entonces, riendo,
 él la derriba, rodando enlazados al golfo de oro,
 donde le besa los labios abiertos como una granada.
 Hecha la parva que el biello sacude lanzándola al viento,
 pasa á las toivas de senos voraces que absorben el trigo
 de las que empuja la cítola rauda los granos crujientes
 sobre las piedras que bailan veloces su danza jocunda.
 Y mientras hilan la harina aromada las losas girando,
 la taravilla que rauda titila, que loca retiembla,
 junta su son á la voz del torrente que pasa profundo
 cual si pasara brutal retumbando la cola de un trueno.
 Luego, en hogazas el horno les dora las rubias aristas
 como si el sol esmaltara de vetas sus áureos filones,
 y festonea de cálidos oros, de risas, de ráfagas,
 el pan ardiente que brilla incitante cual gran flor de oro.
 Tú, sacerdote, labriego sublime, que siembras el trigo,
 que lo recoges, lo trillas, lo aventas, lo mueles, lo amasas,
 le das tu sangre, le infundes tu aliento, le infiltras tu vida,
 y como Cristo murmuras á todos: «¡Comed de mi cuerpo!»;
 alza á los aires tu Pan, que es abrigo; tu Pan que es ternura,
 como quien alza la Forma divina parado ante el ara,
 y oigan tu misa de inmensa campaña postrados los hombres
 entre horizontes sin fin revestidos de blondos trigales.

TRENOS GITANOS

Dice á la guitarra
 su pena el gitano,
 canta soleares como las saetas
 del Miércoles Santo.
 Desoladas las cuerdas sollozan
 su dolor amargo,
 dolor sin consuelo del que ya ha perdido
 lo que fué su encanto.
 Desoladas las cuerdas gotean
 suspiros y notas temblando,
 como pecho que el lloro estremece
 con intermitencias penosas de llanto.
 Son las soleares
 el lamento aciago
 de un alma que grita sus penas más hondas
 partida en pedazos;
 son sus lloros, el ritmo bohemio
 del hombre sin patria que va caminando
 por todas las razas, y ve que la suya
 no raya los cielos con su campanario.

Andar, andar siempre,
 los hijos en hombros llevando,
 prendido el ajuar á la espalda
 como choza de seres extraños,
 con los rizos caídos al cuello,
 llenas de tendones negruzcos las manos,
 desgoznadas las libres caderas,
 los ojos profundos y bravos,
 y el perfil nazareno y sombrío
 de una rara hermosura bañado.
 Andan, andan, andan,
 y cruzó su paso
 bajo de los cocos velludos de Oriente,
 bajo de los cedros de bíblicos ramos,
 bajo las arcadas del pino del Norte,
 bajo de las bóvedas triunfales del plátano.
 Oid cómo canta
 la voz, sollozando
 sus hondos lamentos como un *miserere*
 de negros y huraños:
 «Solo por el mundo
 camina el gitano;
 las gentes le escupen; todos le apedrean;
 va crucificado» (1).
 Y arranca á los tristes bordones
 un acorde infausto,
 igual que una gasa de luto
 que queda del mástil colgando.
 Luego da á los vientos
 otro triste canto:
 como un velatorio, acompaña
 la guitarra sus sonos llorando:
 «Yo no tengo casa,
 yo no tengo á naide;

(1) Las coplas de esta poesía son del autor.

no tengo tan solo ni un palmo de tierra
 que muerto me guarde.»

Y luego flamea
 su voz melodiosa de chorro afelpado,
 estos cuatro versos cual cuatro blandones
 que incendian el aire chisporroteando:

«Antes que agonice,
 taparme la cara:
 si me ve la muerte, temo que no quiera
 llevarse mi alma.»

Es en la subida
 del verso más largo
 en donde se queda la voz quejumbrosa
 como gallardete de luto ondeando;
 es una *fermata*
personal, la que tiene lo mágico
 de las soleares llenas de amargura,
 de sudores de muerte y de llanto;
 y al bajar de la altura del cielo,
 la voz se recoge llorando,
 y en el pecho otra vez se acurruca
 como el ala sedosa de un pájaro.

Oyendo cantar desde niño
 soleares á Juan el gitano
 al compás de los duros martillos
 dando en las bigornias y tarareando,
 aprendí de su música libre
 los ritmos diversos y descoyuntados,
 y ampliando en cadencias
 de las seguidillas gitanas el canto,
 compuse la silva flexible
 de versos elásticos,
 sueltos cual serpientes,
 libres como lazos,
 en que á veces suelo vaciar la armonía
 que el cielo me vierte de un cáliz sagrado.

Cuando terminaba de alzar los martillos
 el herrero bravo
 y cogía la dulce guitarra
 para acompañarse la voz suspirando,
 hasta el pueblo cercano subía
 el feliz manantial de su canto.
 Entonces la gente,
 viejos y muchachos,
 hombres y mujeres,
 acudían á oírle á un picacho,
 y sobre las peñas
 á donde llegaba la voz desde abajo,
 igual que en un templo
 religioso y santo,
 la gente sentía
 subir el milagro
 de la voz de ternura inefable
 del triste gitano,
 mientras de muy lejos
 también con la brisa llegaba volando,
 de un ruiseñor en la noche despierto
 la canción de su nido de Mayo,
 sujeto á la greña de plata y de verde
 de un álamo blanco.
 El herrero en la paz de la noche
 este treno gorjea al espacio:

«Yo morí hace tiempo
 y estoy enterrao;
 el alma la tengo de cuerpo presente;
 yo lá estoy velando.»

Y luego se arranca
 las entrañas latentes de cuajo,
 al cantar esta copla de adelfas,
 de tuera y de acibar mezclados:

«Calle é la amargura,
 yo te voy pasando;

mi sangre de hombre se quea en tus piedras
 tendía en un rastro.»

Gime la guitarra
 un feroz alarido temblando
 bajo la epilepsia de los largos dedos
 del mozo bizarro,
 y váse extinguiendo por ondas de música
 el lamento trágico,
 como se desata por ondulaciones
 un nudo de llanto.

Está el pueblo todo
 «cloroformizado»
 por el son de la voz religiosa
 de este Jeremías profundo del canto,
 hasta que desriza
 igual que un prodigio encantado,
 la postrer seguidilla gitana
 que impregna los aires de sonos amargos:

«Soy como la víbora
 que vive en el campo;
 todos se desvían al ver que se acerca
 y tuercen el páso.»
 Y se arremolinan los nervios de angustia
 de la copla á los hondos zarpazos,
 cual sí, estremecidos, quisieran los huesos
 salir de la carne gritando.

IDILO Y ELEGIA

En estos pueblos mudos de pesares,
fué donde del racimo dulce y tierno
que el labriego pisaba en sus lagares,
salió un vino más rico que el Falermo,
digno de consumirse en los altares.
Tendieron las cañadas
sobre el claro cristal de las albercas
doseles de granadas;
y rebosaron las lujosas cercas
cálices con pistilos como ajorcas,
manzanas por el sol arrebolañas,
penachos de mazorcas
de hebras azafranadas,
pimientos en racimos
como borlones de esmeralda hermosos,
y duraznos opimos,
y cermeñas sabrosas,
y membrillos, del huerto gloria y gala,
y oleadas espléndidas de rosas
y claveles cual luces de bengala.
Así este campo que el dolor encierra
desbordaba el prolífico regazo,

y en paz el alma y el hogar sin guerra,
parecía la tierra
rodearse á sí misma en un abrazo.
De las rejas al pie, la gente moza
sonaba los platillos de las fiestas
á cuyo son el alma se alborozó;
populares orquestas
iban repercutiendo por las calles,
y el júbilo templaba la guitarra,
mientras que dió con sus sarmientos sombra
á un andaluz bullicio cada parra.

De los pasados días
sólo quedan recuerdos enlutados,
heredades vacías,
huertos abandonados,
cañadas sin agrestes armonías.
Los pájaros, viniendo del Estrecho,
en vano buscan al abrir las plumas
la antigua torre y el antiguo techo;
y al recorrer los tristes panoramas,
sin regalar el aire con sus trinos,
se paran en los áridos espinos,
por no haber hojas ni flotantes ramas
llenas de luz y cálices divinos.
La muerte amarillea
en los semblantes lánguidos y tristes;
huyó la gracia de la lengua viva
que era buril para tallar la idea,
y hasta las aguas, trenza fúgitiva
que penetró en los huertos serpeando,
hechas arroyos, á la mar esquiva
¡van como liras de cristal llorando!

LA BARCA DEL MONCHO

Barca vetusta del Moncho
que vas de Pola á Tabarca:
¿cuántos crugidos de guerra
dieron sobre el mar tus tablas?
Tu costillaje de bronce
á cuyos bordes se agarran
los cuatro remos valientes
que el mar convulsivo rasgan,
parecen de un pecho firme,
pecho de gran Patriarca,
el seno cóncavo y recio
que tu velamen arrastra.
Dando tumbos, dando tumbos,
vieja barca, vieja barca,
á veces concha flotante,
á veces fúnebre caja,
tan pronto la vela al viento
cual gaviota que grazna,
tan pronto ataúd rodante
cual túmulo por las aguas,

miles de veces recorres
 desde una playa á otra playa,
 bajo la mano de hierro
 que te gobierna y baraja.
 Dentro de tí se congregan
 remeros á las dos bandas,
 las piernas como columnas,
 los brazos como dos barras,
 los dientes como cuchillos,
 las cerdas como las algas.
 Desde el fondo de tu casco
 sale hedor á la mar brava,
 sale hedor á sal marina
 y á relucientes escamas.
 De tanto estar con los hombres,
 de tanto rozar sus plantas,
 ya pareces monstruo humano,
 vieja barca, vieja barca.
 Ya pareces la familia
 del Moncho, que en tí descansa,
 del Moncho, que en tí se duerme,
 y en tí vive, sufre y ama.
 Tu madera prestigiosa,
 mezcla de una carne rara,
 casi grita al choque rudo,
 casi llora, casi habla.
 Tu patrón es tu alegría;
 tierna, le sirves de casa;
 blanda, le sirves de lecho;
 dulce, le sirves de hamaca;
 bajo el sol, fuiste su gloria;
 bajo los cielos, su ara;
 y en la tromba, su caballo;
 y entre el huracán, sus alas.
 Tu brea huele á centurias,
 huele á siglos, huele á razas,

á vidas de marineros
 que has llevado en tus entrañas.
 Tu interior es un registro
 de salidas y de entradas,
 alhóndiga que navega,
 pescadería que anda.
 En tí ha arrastrado tu vela
 todos los tipos del mapa,
 y tienes cien mil idiomas
 cincelados en tus tablas.
 Del Moncho has sido la madre,
 del Moncho la novia santa,
 del Moncho has sido la cuna,
 y de él serás la mortaja.

EL FARO DE TABARCA

*Tu luz es blanca, sin color tranquila,
y á cada breve instante de reposo,
se exalta y se engrandece tu pupila
y lanza al mar un rayo poderoso.*

Lámpara giratoria y cristalina,
idioma de reflejos, voz de llamas:
eres una oración de luz divina
que en la noche medrosa te derramas.

Más que la luz de todos los altares
eres de santa, y celestial, y pura,
¡faro que eres palabra de los mares,
y luz de Dios entre la noche oscura!

Un corazón pareces tembloroso,
una adorable y fraternal pupila
que sobre el ancho abismo tenebroso
como un trémulo espíritu vigila.

Como mirada precavida y tierna
que alumbra su sendero al caminante,
se alza sobre los mares tu linterna
trazando el rumbo de la vela errante.

Faro sagrado que en las sombras ríes
al perdido viajero entre las olas
y tu reflejo místico deslles
sobre las aguas con el cielo á solas.

Cirio de altar inmenso que abrillantas
tu crespón sobre rocas de granito,
y como en misa colosal levantas
tu pábilo grandioso á lo infinito:

¡Cuántas razas sin fin has alumbrado,
cuántos seres, banderas y senderos,
en noches en que Dios fué proclamado
entre tantos perdidos derroteros;

y viste sobre el piélago temblando
el zumbar de las moles poderosas,
venir á ti los buques revolando
lo mismo que gigantes mariposas!

Canto de luz parece que derramas,
y al son de tu lejana melodía,
las velas inflas y hacia ti las llamas
fascinadas de amor y de poesía.

¡Oh lámpara de rayos ideales
donde igual que en girándula radiosa
brilla la luz en jaula de cristales
cual rui señor de voz maravillosa!

¡Salve!, dices al pobre marinero,
¡salve!, á la noche trágica y sombría,
y sobre el haz de tu escabel roquero
dices á cielo y mar: ¡Salve, María!

Cuando mi ser se borre de la vida,
faro donde gocé sueños amados,
reza por mí una salve dolorida
con tus labios de luz idealizados.

Acuérdate del alma que un momento
se detuvo á tu sombra deseada,
y al ver tu inmenso mar, tu azul portento
feliz soñó á tu pie, torre sagrada.

Un instante tu sombra como ofrenda
me ofreciste, pilar maravilloso;
y yo al plantar bajo tu luz mi tienda,
dormí en tu paraíso prodigioso.

Feliz un punto fuí bajo tu cielo,
que es ave rara la alegría humana;
¡al recoger mi tienda de tu suelo,
en qué dolor la plantaré mañana!

Da, sacra luz, tu parabién eterno
á extranjeros, y á tristes y á afligidos,
y sé cual sol universal y tierno
que de todas las ramas cuelga nidos.

A las naves de todas las riberas
ilumine tu disco soberano
y enlace las naciones y banderas
en un gran triunfo del amor humano.

Hostia de luz á la que dí mil nombres:
entre un futuro florecer de palmas,
ate tu comunión todos los hombres,
ate tu santa luz todas las almas.

LOS ANCIANOS

Sacad al anciano, que el sol lo ilumine,
lo emboce en su velo suavísimo y rubio,
le dé una aureola dorada de santo
y roce sus dedos con felpas de lumbre.
Traedlo en el ancho sillón-dormitorio,
como si trajerais el polvo de un siglo;
ponedle el respaldo de fofas blanduras,
mullid la almohada que alivia sus huesos.
Ya está bajo el cielo, que azul se prolonga
hasta que le roza la paz de la frente;
ya está bajo el cielo, que el día derrama
como inmenso cántaro de vida y de fuerza.
Parecen las hojas de biblia caduca
sus pródigas manos que fueron benignas,
ó dos pergaminos de rancios misales
como dos lecciones de franca nobleza.
Semeja la curva que traza su frente
el campo de surcos donde hizo el arado
las siembras de ideas iguales á mieses,
que fueron cosecha de bien y abundancia.

Su risa marchita de blanda tristeza
 simula el rescoldo ya casi apagado
 de vivo brasero que tuvo alegrías,
 potentes crujidos y torres de llamas.
 Espectro, reliquia sagrada de un hombre;
 racimo estrujado que diste tu vino;
 árbol ya sin hojas, que alzaste á los cielos
 corona de músicas, de frutos y pájaros:
 goza la caricia del sol del invierno,
 báñate en su chorro de lumbre dorada,
 te embosquen sus hilos de tacto felposo,
 te arroje su llama cual manto sublime.
 Ved de sus tendones los viejos tejidos,
 los pases y cruces que forman las venas,
 marcando relieves, trenzados y aristas,
 como tela humana de hilachos caduco.
 Las pecas, de un amplio grandor mortuorio,
 como redondeles de oscuros rubíes,
 provectas salpican de dulce tristeza
 su piel replegada de blandas urdimbres.
 Sus ojos dolientes de vagos fulgores,
 llenos de longevas arrugas sagradas,
 parecen dos ópalos con visos de pena
 que ven resignados el tiempo que corre.
 ¿Quién no centuplica su amor al mirarte,
 custodia de huesos y músculos santos,
 tú, á quien deberían alzarte las leyes
 al rango supremo de gran Patriarca?
 ¿Quién no llora al verte, tú, espada ya rota,
 á quien, inservible, se lanza al olvido;
 tú, cota abollada que ya nadie mira;
 tú, hendida rodela que dió cien batallas?
 Has sido la fuente de prole abundante,
 que le transmitiste calor de tus venas,
 que le diste ejemplo de humana ternura
 y la hiciste grande, magnífica y noble.

Igual que esos ríos de seno inexhausto
 que se subdividen en amplios ramales,
 de tus energías hiciste una trenza,
 la de tu familia, tejida en un juego.
 Serviste á la raza, labraste el terruño,
 pusiste á las balas tu pecho encendido,
 te sacrificaste por ver á la patria
 bajo un alto cetro de paz y armonía;
 y cuando te viertes cual seno de cántaro
 formado de vida, de carne y de espíritu,
 cuando están diezmados de savia tus huesos,
 cuando dió su fruto de espigas tu alma,
 tú anciano; tú, río; tú, cáliz vehemente
 que diste tus fibras, que diste tu sangre,
 ¡oh dolor!, no tienes por pan amoroso
 más calor que el santo calor de los cielos!
 La misericordia del sol es más grande
 que el amor humano de toda la tierra;
 sin Ley que te acoja, te da Ley sublime
 el ser en renglones de vida y de oro.
 Yo alzo la palabra por cima del tiempo
 cual un oleaje de ritmos en ondas,
 y bido á la patria la Ley sempiterna
 que ampare tus santos derechos de anciano.
 Si os queda en las venas, tropel de hombres libres,
 un resto encendido de amor á lo puro,
 de amor á lo grande, sublime y grandioso
 y no sois cisternas cegadas y mudas,
 si no han apagado, cual lámparas nobles,
 vuestros corazones el pábilo ardiente,
 y guardáis el santo temor que Dios puso
 en el fondo honrado de todos los pechos;
 si aún lleváis un casto blancor en las frentes
 y no habéis manchado de lepra y de vicio
 el amor materno que os dió la ternura;
 el amor al padre, que os dió timbre excelso;

juatad vuestras voces en coro gigante
 en torno al palacio que forja las leyes,
 y pedid con gritos terribles é inmensos
 la Ley admirable, la Ley redentora,
 que de los ancianos proteja la vida,
 para triunfo excelso de todas las almas,
 para gloria eterna de todos los hombres.

Jorge Xavier de la Guerra

LAS VACAS

Pasan las vacas desbordando vida ;
 cada vaca parece un monumento ;
 de las curvas gallardas de sus vientres
 exhalan nieblas de vapor templado.
 Pasan con sus alegres campanillas
 que suenan á los débiles enfermos
 cual campanario de salud que canta
 y dice: «—¡ Resucita, soy la fureza !»
 Cruzan las vacas plenas de vigores
 con sus ojos de madres amorosas,
 familiares, tranquilos y solemnes.
 Con la serena majestad de montes
 que anduviesen errantes, atraviesan
 llevando en el testuz aparatoso
 la astada media luna, y los oídos
 llenos de larga felpa ; los aguzan,
 y en el fondo del tímpano gigante
 recogen la estupenda sinfonía
 de la profusa capital que hierve.
 Un niño de catorce primaveras,

con una vara de aceitoso olivo
por cetro autoritario, las conduce;
y ellas que por su fuerza incontrastable
pudieran derribar bronce y muros,
obedecen al débil campesino,
y detrás de su vara, en un desfile
pasan con sus ruidosos collerones.
Son unas vacas de ébano lustroso,
cuya lujosa túnica chorrea
en gualdrapas de carne por el cuello
que bajan como noble colgadura.

Otras tienen la clámide dorada
y en su piel reluciente de ámbar rubio
se tiende el sol como triunfal arreo.
Dicen «que sí», «que sí», con la cabeza
al ir tras del zagal que las somete
con su cetro de olivo enarbolado.
De repente, una vaca esplendorosa,
repleta de salud, traza en el viento
una audaz cabriola y se desmanda
en una sucesión de locos juegos
de una hermosura bárbara y suprema.
Se encorva, se distiende, salta, gira,
se sacude los flancos vigorosos
con el penacho de la cola libre,
muge con eco de timbal profundo,
y arranca de la alegre muchedumbre
exclamaciones de placer y asombro:
es la danza soberbia de la vida
que encadena los ojos y las almas.
No más bella la vaca de Pentélico
por Fidias cincelada en el relieve
del alto Partenón, de la cadena
arrastra al hombre que atajarla quiso
y juega retozando entre las filas
de Arcontas, Magistrados y Espondóforos.

Al fin entra en el ritmo de la marcha
pleno de mansedumbre.

Ante la puerta
del enfermo que aguarda, se detiene,
y sobre el fondo de bruñida herrada,
ahueca las dos ancas poderosas
para que brote el manantial sublime
de la alba leche, maternal y pura.
Enseña bajo el vientre abovedado
el grandioso racimo de sus ubres
colgante y opulento, donde tiemblan
dos hileras de copas naturales
parecidas á vasos milagrosos.
Baja el chorro humeante y afelpado
con rumor que se embota entre la espuma
y multiplica randas prodigiosas
de una blancura casta y deslumbrante.
Al vaso echada la pastosa leche,
el trasluz del cristal la tornasola
de un leve velo de matiz pajizo.
El enfermo la bebe con codicia,
cual si tuviese de la Tierra Madre
la ubre inexhausta en la absorbente boca,
y reciben sus tuétanos endebles
la transfusión gozosa de la vida.
Así, de puerta en puerta, va el desfile
de las vacas ubérrimas, dejando
gracia de Dios y fuerza á los enfermos.
Y cuando á los establos de retorno
van con los sacros cálices de carne
casi extinguidos de salud y brío,
para apurar la leche rezagada
vienen hacia el encuentro de las madres
retozando de súbita impaciencia,
los tiernos recentales, que se prenden
arrodillados, de las gruesas ubres,